

# CRONICAS

## FERNAN GONZALEZ, FORJADOR DE CASTILLA, MADRE DE ESPAÑA

**A** CABAN de iniciarse en Burgos—con auspicios que son exacto exponente de la brillantez y resonancia mundial que la histórica conmemoración tendrá en su día—una serie de actos cuyo fin no es otro sino el de evocar y exhumar, en su transcendental significación, la independencia de Castilla, como punto de partida de una época llena de glorias que habían de culminar en la concreción augusta de la Unidad española.

Por ahora se cumplen mil años de aquella efemérides gigantesca en que se proclamó la independencia de Castilla como Reino. Mas conviene recordar en todo su volumen histórico, en su expresión esencialmente hispánica, racial, cuanto significó aquella tarea que fué de siglos y cuanto, a la vez, tiene de espiritual y simbólica la obra de aquel gran hombre cuya memoria en tal recordación quiere exhumarse, del Conde Fernán González, todo vigor y lozanía, todo patriotismo y sencillez, fe y amor, cuyos destellos se expenden como faro gigantesco que irradia al mundo sus luminosas enseñanzas.

Los reinos y condados de aquél entonces, en su más genuina expresión, tenían escasa preponderancia en lo que a Castilla se refiere. Eran, sí, representantes de unos núcleos cuya vitalidad creciente respondía a mandatos de mayor o menor proyección histórica, pero tal y como les entendían los castellanos—es decir, cuantos moraban en los valles cercanos al Condado de Cantabria y a los

señoríos de Vizcaya, cuantos, bajando de las cordilleras cercanas se afincaban en los castillos o en los lugares de la meseta—no llenaban la finalidad más esencial.

Y es que los castellanos tenían ya entonces una fisonomía peculiar, unas características especiales. Eran hombres sufridos, que, por padecer de continuo los embates musulmanes, por encontrar en éstos la antítesis del sentimiento español, por antonomasia, veían, entendían la vida como una doble misión; eran hombres de trabajo y caballeros del ideal, seres adiestrados en el cultivo de sus tierras y en el manejo de las armas, y, por ello, no concebían su existencia si no era entregada al culto de la fe y a la expansión de ese sentido por todos los lugares de la tierra.

Por alguien pudo ser incomprendido ese afán, mas pronto había de imponerse. Su espiritualidad y su temple, dieron como fruto el ideal soñado: la integración de un gran pueblo, que había de ser la unidad española. A esta empresa estaba llamada Castilla, y a fe que bien la llevó a cabo.

No se trataba de obtener, para ella, un beneficio de índole económico, geográfico o político: era, únicamente una misión eterna, como la que hoy preside nuestro resurgimiento. Y Castilla, austera y sufrida, sencilla y altiva a la vez, encontró en Fernán González—señor y guerrero, hombre de fe y energía, estadista y legislador—el adalid capaz de cumplir aquel mandato, cubriéndose de gloria en su ejecución.

Castilla vió, primero, cómo el Conde—el más grande de los burgaleses, con el Cid—se identificaba con sus anhelos y le siguió con fervor inigualado. No le arredraron penalidades ni sinsabores, luchas y dificultades; supo padecer, sufrir, pero, a la postre, salvó su espiritual designio, sembrando en el alma de los pueblos—a la par que vencía a los eternos enemigos de nuestra Religión—la semilla fecundísima de su fe, con el tono de su cultura y de su arte, sus costumbres y su temple de alma.

Castilla expulsaba a los musulmanes de España. Se convertía en la madre de esta España, cuya unidad hicieron nuestros Reyes Católicos. Y su espíritu, vivo, arrollador, glorioso, matizaba más tarde el genial esfuerzo que asombró al Mundo con el descubri-

miento de un nuevo Continente, donde millares de seres encontraron el horizonte jubiloso de su eterna salvación.

Así, Castilla, madre de España, alcanzaba su pleno sentido universal. Evangelizaba al Mundo, ofrendándole una santa hoguera, alimentada por la Fe y cimentada por el más profundo patriotismo y el riguroso y humano símbolo del trabajo.

Por eso, Burgos se apresta, con orgullo, a conmemorar la fausta reverberación de la independencia de Castilla y a tributar homenaje encendido, dentro de este milenario, a Fernán González, que fué el realizador de aquella magna empresa.

Castilla, hoy como ayer, sigue siendo la misma. Baluarte de la Fe, reserva de heroísmo, sufrida y estoica, humilde y callada. Fiel reflejo del auténtico sentido español. Y hoy, como ayer también, junto al Caudillo genial que lleva en su alma el vital impulso que hace mil años se consagró como única fórmula de salvación.

Bajo esos auspicios, con fervor en el alma y cálido entusiasmo en el corazón, España se une a las conmemoraciones que se preparan. Y así lo prueban las asistencias que a la ciudad de Burgos —que en masa se une al comienzo de estos actos— ofrecen, de una parte, el Ministro de Educación Nacional, con su cariño, solicitud y estímulo para los problemas de Castilla y de su «Caput»; y, de otra, el Ministro Secretario del Partido, consciente de que así cumple la Falange el más profundo de sus mandatos.

España debe, en pie y con el alma tensa, formar unánime en este homenaje a Castilla, en su milenario. A Castilla y a Fernán González, que fué el forjador de su Unidad, de esa Unidad augusta de la que habría de surgir la gloriosa e imperial España, por la que hoy Franco labora con fe y sin descanso.

ESTEBAN S. ALVARADO